

MONARQUÍA POPULAR

Año VI - Núm. 7

En un lugar de la Mancha, Enero 1948

Número ex-
traordinario
dedicado al
aplec Carlista
en Montserrat

De cómo nuestro periódico no ha sido periódico

No todas las andanzas de Don Quijote pudieron hallar feliz término, sin que antes santiguaran sus espaldas en más de una ocasión a palos y estacazos y menudearon sobre sus pliegos contratiempos y desventuras, que aun a las más buenas causas no suelen faltar, y mucho menos cuando el mundo anda tan lleno de malandrines y follones. Mas si la contrariedad suele ser natural acompañante de tantas y tantas acciones humanas, la perseverancia y la continuidad en el esfuerzo y los propósitos revela la condición de los hombres de pro y califica de caballeros a los que saben mantener sus ideales a prueba de venturas y aun desventuras, que de todo, como dijimos, hay en la vida del Señor. De la falibilidad y de la poca seguridad humana es el error, empero de verdaderos hombres es el perseverar. Y aquí, aunque tarde, por las razones que diremos, y un tanto molidos a palos, estamos nosotros otra vez, con santa perseverancia y dispuestos a continuar en nuestros esfuerzos para rescatar un auténtico sentido de la Patria, no de endriagos, ni dragones, ni vestigios, sino de las engañadoras sirenas que la están adormeciendo para seducirla y engañarla más fácilmente y con mayor impunidad.

Esta historia (que no cuento, lector) tratamos a colación por causa del retraso de la aparición de este número, que nosotros, con la diligencia posible, preparamos para muy pasados días y que el diablo o la policía (que para nosotros en este caso ha sido igual) se encargó de retrasar. Porque has de saber que cuando le teníamos compuesto y aderezado, y no más faltaba que darlo a la máquina para que imprimiera tantos cuantos miles reclaman nuestros numerosos lectores y suscriptores, héte aquí lector devoto que el diablo, que como dice el refrán todo lo enreda, o la policía, que, aunque no siempre (porque también acierta sus cosas), a veces enreda tanto o más que el diablo, sin previo aviso, ni advertencia ninguna, sintió la curiosidad de incau-

tarse de todo el material, como lo hizo muy llanamente, acaso llevada de un especialísimo celo que le hizo apoderarse de nuestro periódico para demostrar que en España están permitidos los matices ideológicos y que era el momento de demostrarlo prácticamente en aquellas horas en que se estaba preparando el bollo padre del referéndum, en aprobación de una llamada Ley de Sucesión y que nosotros estimamos mejor como Ley de "Continuidad".

¡Mas ¡vive el Cielo! ¡Cuánta y cuán grande fué nuestra equivocación! Nosotros (angelitos que somos) dimos en suponer que la razón de la incautación del material de nuestro número se hizo porque la imprenta no era demasiado espléndida y el tiraje, dados los medios limitados de que disponemos, hubiera quedado más reducido de lo que reclama su contenido y la misma curiosidad de tantos españoles como esperan nuestras ediciones, incluidas, como es natural, muchísimas Autoridades españolas y aun los mismos funcionarios, altos y bajos, del propio Cuerpo de policía. Lo veíamos claro. Para dar un tanto más de apariencia al próximo (ahora pasado ¡y tanto!) referéndum, y justificar aquello de la diferencia de matices (que tanto hermosas las viñetas de los periódicos y adorna los discursos del Caudillo), pensamos por unos momentos que la autoridad se había incautado de nuestro número para hacer del mismo algo así como una edición oficial. Así habría un poco de oposición, y la comedia de unas elecciones democráticas, que maldita la falta que nos hace, se representaría con un poco más de sinceridad. Así, también, esperaríamos uno u otro día, con la dichosa esperanza de ver aparecer al hijo de nuestras entrañas, bello y hermoso como por nuestro hijo le teníamos e ítem más con el ornato y decoro de presentación que sólo el tener papel de primera le podía dar cosa fácil a nuestras dignísimas Autoridades pero imposible para nosotros que

(Sigue en la pág. 2)

EDITORIAL

Indefinida Prolongación, Sustitución o Derribo de la situación política imperante

Estas son, en verdad, las "soluciones" posibles del candente problema español, resultando falsa, en cambio, la propaganda política gubernamental que sintetiza el dilema: "Franco o el Comunismo".

Sencilla es la demostración de ambos asertos: Por de pronto, es falso el dilema porque, aun dando de lado al comunismo, liberalismo, etc., además de Franco existe, en la actualidad política española, el Carlismo, que el 18 de julio de 1936 —cuando el General Franco estaba en África y no era el jefe del Alzamiento— llenó España de bonas rojas y contribuyó, sustantiva y decisivamente, a salvarla de la muerte; y que hoy, en 1947, demuestra contra viento y marea su potencia e independencia política con actos como el Aplec de Montserrat, en este número reseñado.

Pero, además, tampoco es cierto que Franco fuera remedio adecuado y suficiente del Comunismo. Primero, porque Franco es un hombre y el Comunismo una idea fuerza, en la actualidad con profundidad, extensión, ambiente y empuje universales; dos seres, por lo tanto, entre los que no puede concebirse siquiera la comparación y menos la verdadera y decisiva lucha. Segundo, porque Franco es mortal y al morir —y puede morir hoy mismo, como cualquiera hijo de vecino— la consecuencia ineludible sería la automática implantación del comunismo, o sea del otro extremo del fatal autogobierno que nos proponen como verdad política los que mandan; y una nación sensata no puede permanecer pendiente de la vida de un hombre.

Ahora bien, si, como acabamos de patentizar, es engañosa la política gubernamental resumida en la frase "Franco o Comunismo", ¿cuál es hoy la verdad política española?

Inicialmente queda contenida en el titular de este Editorial: Frente a la interinidad, de tipo fundamentalmente personal, imperante desde hace más de diez años en España, pueden seguirse tres políticas: tratar de prolongarla sine die, sustituirla o derribarla.

Pretende lo primero la misma situación gobernante; se propone lo segundo, el Carlismo; lo tercero, el Liberalismo, Monárquico o Republicano, el Socialismo y, en definitiva, el Comunismo.

Poco diremos aquí sobre la primera pretensión, cuya última fórmula es el

(Sigue en la pág. 3)

Hoy nuestra publicación puede cantar la vieja
canción carlista

Por gritar ¡Viva el Rey!
Me metieron en "chirona",
Y ahora que estoy en la calle:
¡Viva el Rey... y su Coronel!

De cómo nuestro periódico...

(continuación de la pág. 1.)

no podemos sino adquirirlo malo y de estraperlo, y aun con muchos peligros y dificultades. Así, por último, vimos como fallaban nuestras ilusiones, y como nuestro periódico había sido sentenciado a pena de encarcelamiento perpetuo y a no ver la luz en los días de su vida, cosa que nosotros no podíamos aceptar, porque si habíamos hecho lo más, que era escribirlo y componerlo, también nos hallábamos dispuestos a hacer lo menos, que era el sacarlo a la pública luz y favor del público, en el supuesto de que nuestros incautadores no lo hicieran.

Y aquí, amigo lector, tienes explicado el porqué de nuestra retrasada salida, y al mismo tiempo un motivo de confianza en nosotros, capaces, como al principio dijimos, de errar, pero todavía mucho más de perseverar, aun con palos y cruces auestas. En lo que se demuestran muchas cosas, entre otras que nos llamamos que "hay más días que longanizas"; y, por tanto, que si siempre es tiempo para salir al palenque público, también es siempre posible una caída por alto que se está, y

que la rotura de costillas está en proporción a la altura de que se cae.

Y aquí acabaría nuestra digresión, pero antes nos creemos en el deber de hacer constar una cosa. Este número, lector paciente, puedes leerlo con toda tranquilidad y aun de par en par ahijeto en pleno tranvía o carretera, según sea el medio de locomoción que emplees para viajar. Porque, de entre todos los publicados, éste es el favorecido, éste es el único, éste es el sin par igual. Pues has de saber que pese a haber estado numerosos días en manos de la policía, pese a haber quedado en la conciencia pública, sometido a su estricta y segura censura, no sabemos que haya sido tachada ni una sola línea, ni nos ha sido devuelto con enmienda ni raspadura, cosa que de veras celebrásemos, porque indica que se reconoce que hemos dado en el clavo, y que lo que decimos está en la conciencia pública.

Quédate, pues, tranquilo y sossegado, amigo lector, y aquieten y dispensen tus escrúpulos, si los tuvieres, el pensar que el periódico que tienes en tus manos ha sido tirado con plena, con absoluta censura; en una palabra, con una censura tan metódica, tan digna y tan hecha a conciencia, que ha motivado este largo retraso, ajeno, por tanto, a toda nuestra intención y voluntad.

a que, de prolongarse la situación actual, quedaríamos ahogados: "Franco ahora y el Comunismo al final de la etapa".

Más, claro está, que si condenamos y nos oponemos a la permanencia de la actual dictadura —y más todavía a su intento de perpetuarse como falsa Monarquía o verdadero cesarismo— con mayor razón rechazaríamos y nos oponeríamos a su destrucción de signo revolucionario, entendiéndolo por tal cualquier cambio que, formalmente, tendiese a borrar las esencias religiosas, políticas o sociales que restan del 18 de julio, aunque se produjese sin violencias externas. Y esto, tanto si dicho cambio llevaba etiqueta republicana o dictatorial, como monárquica.

Por eso estamos frente a Giral o a Lloja. Y por eso estamos frente a las manifestaciones o declaraciones de Don Juan de Borbón, frente al Liberalismo y frente al juanismo.

Con lo dicho, la solución carlista surge y se evidencia, una vez más, como la única acertada, aceptada y patriótica: Ni permanencia de la actual dictadura ni su destrucción revolucionaria; su justa y serena, pero radical, sustitución por la Regencia Tradicionalista, única legítimamente investida y capacitada para realizar la misión patriótica y monárquica de implantar la Monarquía popular, que necesita España para su salvación y prosperidad. En otras palabras, el mantenimiento del 18 de julio; la radical supresión de sus desviaciones y adulteraciones, cristalizadas en la actual situación; el establecimiento del único régimen genuinamente español, y por ello estable y permanente, por el camino carlista —único recto y seguro— de la legitimidad monárquica, personificada hoy en la Regencia de Don Javier de Borbón-Parma.

O —si lo prefieres, encarnado, viviente y popular en hechos políticos, actuales e importantísimos, ocurridos en España y para España— la solución manifestada, prometida y proclamada en el Aplec Nacional Carlista de Montserrat del 20 de abril por la autoridad de S. A. R. el Príncipe Regente, representado por su Jefe-Delegado, con la rúbrica entusiasta de millares de carlistas y de todos los españoles que con nosotros comulgan.

EDITORIAL

(continuación de la pág. 1.)

titulado "Proyecto de sucesión de la Jefatura del Estado", dado a conocer por el Generalísimo a los españoles en el 8.º aniversario de la victoria.

Sólo que ese "Proyecto" no es de "sucesión" sino de todos lo contrario, de "perpetuación del régimen imperante"; no es monárquico, sino cesarista; no es lo que España necesita sino lo que —dadas sus estrechas miras— conviene al partidismo que manda.

Y que, precisamente, cuanto en la apariencia ofrece de previsor y por tanto de laudable, aunque sólo fuere para el momento de desaparecer del tablero político el Generalísimo, resulta

completamente ineficaz e impracticable porque las órdenes políticas dictatoriales —y ésta no tendría otra alcurnia por más que se la revistiera de "Ley fundamental con referendum"— no tienen un minuto más de vida que el dictador que las impuso.

Concretando más. En el mejor de los supuestos, este intento de prolongación indefinida de la actual interinidad política no podría ir más allá de la muerte de Franco; pero muerto ya, política o físicamente, éste, ¿qué? ¿Más dictadura, más pronunciamientos? ¿O, de nuevo, el Liberalismo primero, luego el caos y, para terminar, el Comunismo?

No. Por nuestra parte, no. Ni nos satisface, por falsa, la fórmula gubernamental de "Franco o Comunismo", ni, por verdadera, la realidad política

Aplec Carlista en Montserrat

Demostración de que el Carlismo sigue intergerrimo y sin claudicaciones

El pueblo carlista, como siempre, es hoy fuerza nacional

Cunde el entusiasmo. El "Aplec a Montserrat" se repite. Año tras año, desde la terminación de la Cruzada, han venido sucediéndose las concentraciones carlistas en la Montaña Santa. Todas cuantas dificultades se han opuesto a su celebración, y que han sido muchas, han ido superándose con el tesón y la honradez característicos del Carlismo.

Montserrat ha sido todos los años el máximo exponente de afirmación de la lealtad carlista. Lealtad a los principios

inclaudicables de Dios, Patria y Rey que hoy, con nobleza, pueden levantarse como únicos salvadores, no sólo de España sino del mundo entero. Lealtad al Abanderado legítimo de la Tradición, a S. A. R. el Príncipe-Regente Don Francisco Javier de Borbón-Parma, que recibiera de manos de nuestro último Rey la pesada carga de acudillar al Carlismo en las difíciles circunstancias por las que ha atravesado y sigue atravesando nuestra Patria.

Y junto a ese exponente de lealtad, el Carlismo ha afirmado, demostrándolo rotundamente su existencia como única fuerza con raigambre auténticamente nacional. Fuerza porque contra viento y marea, pese a estar en la oposición, pese a las continuadas persecuciones, pese a la ilegalidad en que vive, manifiesta su pujanza y su fortaleza imbatible; Montserrat es todo un ejemplo! Y fuerza nacional, porque no existe en toda España ninguna otra ideolo-

gía ni organización con el suficiente arraigo en el alma popular con suficiente compenetración del espíritu español, para manifestarse como lo hace el Carlismo. En las circunstancias, enteramente adversas, en que nosotros nos desenvolvemos, ¡que hagan los juanistas un Aplec a Montserrat!, ¡que lo intente siquiera cualquier adversario nuestro! El más rotundo fracaso coronará su obra. Y es porque hoy, en España, el Carlismo es lo único que puede llamarse fuerza, y verdaderamente fuerza nacional.

Suficientemente lo demuestra la Historia patria la honda y fuerte raíz que en el alma nacional ha echado el Carlismo. Todo lo demás, por muy aparato populachero que presente, o es ajeno al espíritu español o es una rama extraordinariamente frondosa si se quiere, suspendida en el aire, sin raíces y sin tronco que la sustenten con la entereza heroica que sostiene el Carlismo. El Jefe-Delegado del Príncipe Regente, Don Manuel Fal Conde, nos recordó esa historia: la triste historia de los Reyes liberales (que es la triste historia de las ideas liberales) y la gloriosa historia de los Reyes carlistas (que es la gloriosa historia de las ideas tradicionalistas). A esas palabras del gran jefe carlista pronunciadas en Montserrat, nos remitimos para no alargar la demostración de nuestro aserto.

Y Montserrat, máximo exponente de afirmación de la lealtad carlista, revive este año de 1947 en todos los corazones de los defensores de la Causa Santa con inusitado entusiasmo. ¡Montserrat es ya una tradición en el Carlismo! Son muchos los recuerdos que renacen al conjuro de su nombre. Y entre ellos, como más principal el de aquel Aplec de 1935 en el que hablaron Fal Conde, Zamalloa, Lamamié... grandes figuras del Carlismo, grandes jefes de la Causa, los mismos jefes de hoy, los mismos que este año de 1947 han hablado. ¡El Carlismo sobrevive a todos los embates y sus hombres de fe auténtica no claudican jamás! Aplec de 1935... El gran Aplec, el Aplec de imborrable memoria. En él se lanzó por vez primera en España el grito de Cruzada que floreciera en todos los ámbitos de la Patria un Julio 1936.

"Carlistas catalanes: Cuando la Revolución se lance a la calle la orden está dada: ¡A morir y a matar! Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si caigo, vengadme."

Eso decía en 1935 el Jefe-Delegado de S. M. C. el Rey Don Alfonso Carlos I, Don Manuel Fal Conde. El mismo hombre que hoy, en 1947 desde su mismo puesto de Jefe-Delegado pero ahora de S. A. R. el Príncipe-Regente, dice: ¡Siempre p'ante! El que da primero da dos veces. El poder lo tendrá quien lo tiene mientras lo tenga que tener. ¡Y nosotros tendremos paciencia mientras la tengamos que tener!

Y el Carlismo, fiel al santo y seña que su Jefe-Delegado le dió, estará "ojo avizor" e irá "p'ante" hasta donde tenga que ir. ¡Qué trascendencia tendrá para el futuro el Aplec de 1947!

PRELIMINARES

Con la sola mención del nombre de "Aplec en Montserrat" cobra entusiasmo el Carlismo. Y más cuando este año es considerado concentración nacional. ¡La primera desde los días heroicos y gloriosos de 1936! Los carlistas cata-

lanes se citan en Montserrat. Las representaciones carlistas de las otras regiones se prometen no faltar a Montserrat.

Y junto con los entusiasmos, los sacrificios. De las lejanas tierras andaluzas, de las no menos lejanas tierras galizas, de las Castillas, de los Reinos de Valencia, de Aragón, de las Baleares, de Murcia, de León de las regiones vascongadas de Navarra. De todas las Españas llegan representaciones para asistir a los actos en Montserrat. Y de allí de donde no es posible la asistencia, la carta o el telegrama testimonian la fe en la Causa y la adhesión al acto.

¡Cuántas sumas de sacrificios representan esos traslados! De Granada llega un autobús en viaje directo; de Madrid son dos vagones especiales que se añaden a los trenes ordinarios; del reino valenciano llegan dos autobuses, dos gruesas expediciones en tren, e incluso automóviles particulares; de Zaragoza forman un vagón especial; en el buque de línea de Mallorca; en los trenes ordinarios, en avión, en automóvil, van llegando representaciones de todas las regiones españolas.

Y de Cataluña... Se forman en Barcelona cuatro trenes especiales, los trenes ordinarios a Montserrat van también abarrotados, gran número de autobuses se contratan para el traslado por carretera... el entusiasmo es verdaderamente extraordinario en la ciudad condal. Y en toda Cataluña. En tren, en autobuses, en turismos, en camiones en motocicletas e incluso en bicicletas, van llegando los carlistas catalanes a la Santa Montaña. Varios grupos animosos hacen la marcha a pie hasta el Monasterio, llegando a salir incluso de la misma Barcelona.

Y se va a Montserrat para un aplec carlista, sorteando toda clase de dificultades, haciendo un desembolso monetario tanto más apreciable cuanto más difíciles son las circunstancias económicas, perdiendo jornadas de trabajo, tomándose permisos por cuenta propia, realizando viajes penosos, que parecen van a rivalizar en cual de ellos se suman más sacrificios y dificultades... ¡Qué réplica más adecuada para caos movimientos de masas a los que se dan toda clase de facilidades, y para los que se utilizan solapados medios de coacción! Y a Montserrat van los Carlistas por voluntad propia, enfrentándose con lo que sea, incluso con su propia conveniencia porque aquí, en el Carlismo, no hay masas en el sentido de multitudes gregarias. ¡Hay pueblo que sabe amar, que sabe pensar, que sabe sentir, que sabe obrar. ¡Y que ama, piensa, siente y obra, cueste lo que cueste!

Junto con los viajes comienzan los preparativos para el gran acto. Días antes ya se encuentran en Montserrat abnegados requeridos que comienzan a montar los servicios que regulará el Aplec: campamentos, enlaces telefónicos, altavoces, cocinas de campaña, carteles alusivos y banderas que dan notas de color a la fiesta. Ellos también cuidan de la distribución en las celdas y campamentos, de los carlistas que, de todos los lugares de España, van llegando la víspera del día señalado.

Verdaderamente emocionante es siempre ese sábado, anterior a la fecha del acto. Montserrat va poblándose sin cesar de boinas rojas. Montserrat empieza a respirar en carlista. La serenidad ma-

jestuosa de Montserrat paulatinamente se cambia en bullicio y alegría, imagen fiel de los corazones encerrados en los pechos carlistas. Van llegando carlistas a Montserrat y en la Santa Montaña no queda lugar libre para albergar a nadie más. Los grandes pabellones de celdas, el hotel, la colonia Puig, las tiendas de campaña que expresamente se instalan son insuficientes para dar cabida a todos cuantos llegan esa víspera. ¡En cuántas celdas, en cuántas habitaciones, en cuántas tiendas, no hay que hacer verdaderos juegos malabares para acomodarlos en estrechísimos rincones, donde poder descansar!

Sin embargo, el orden es nota distintiva, y todos encuentran sitio donde descansar, ya en las celdas, que ellos mismos alquilan de antemano, ya en las habitaciones o en las tiendas que tienen destinadas. Patrullas nocturnas del Requeté cuidan de que el orden y el silencio no perturben la tranquilidad de aquella noche, preludio de grandes y gratas emociones.

Y AL AMANECER...

En Montserrat comienza a clarear. El cielo despejado es promesa de un magnífico día. Y con la luz del sol la Santa Montaña va cobrando nueva vida, pero este día su vida será vida carlista.

Llegan, uno tras otro, los cremalleras de los trenes especiales de Barcelona: la banda lanza al aire las notas de su diana. Montserrat despierta y empieza a poblar. Los altavoces lanzan su saludo y la música carlista alegra más los ánimos. Y a la gente que sale de sus alojamientos se suma la riada humana que ininterrumpidamente van transportando los cremalleras. Con ellos concurren los transbordadores aéreos, que tampoco encuentran momento de descanso. La carretera va poblándose de una fila interminable de vehículos mecánicos de todas clases: autobuses, camiones, automóviles, motocicletas.

Los controles en la carretera, servidos por requetés, cumplen escrupulosamente con su obligación. Y el aparcamiento de los vehículos se realiza con el mayor orden. ¡Magnífico espectáculo el de aquella carretera con su ordenada e interminable hilera de vehículos automóviles de todas clases!

Cumplen también con su cometido los controles de la estación de Montserrat, acomodando y distribuyendo a los viajeros en las cremalleras. Controles que continuarán más tarde prestando servicio en Montserrat, cuidando del orden durante los actos.

Aquel movimiento que comenzará poco después de las seis de la mañana no halla momento de reposo hasta la hora en que tiene lugar el Santo Sacrificio de la Misa (las 10 y media).

¡Cuatro horas sin cesar la afluencia de carlistas a Montserrat por todos los medios a su alcance!

Acto obligado de todo carlista, como buen católico que es, en esta mañana montserratina es la Sagrada Comunión, ofrecida ante la Virgen Morena por la Causa Santa, por su Regente y, por sus Autoridades. Desde los primeros minutos de este amanecer hasta la Misa de Campaña, la amplia basílica de Montserrat se ve continuamente repleta de carlistas acercándose a la Mesa del Señor. ¡Esas cuatro horas que preceden a



La bandera del Tercio Montserrat, dirigiéndose al Altar de campaña

los actos son también horas en que los buenos monjes benedictinos no pueden hallar momento de reposo en la distribución de la Sagrada Eucaristía!

SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

Tiene lugar una lucida exhibición de danzas regionales catalanas a cargo del "Esbart Montserrat", acompañado por la "Cobla Canigó", que comenzó su actuación a las 9 de la mañana.

Los brillantes y lucidos números, que magistralmente interpretaron, fueron calurosamente aplaudidos por los concurrentes.

A las diez de la mañana los Tercios de Requetés catalanes, precedidos por los supervivientes del Tercio Montserrat y por las representaciones de fuera de Cataluña, irrumpen en las plazas del Monasterio seguidos por las unidades de Pelayos. Aplausos enfervorizados y prolongadísimo resonaron inusitadamente hasta tal punto, que no se podía oír la música de la banda de cornetas y tambores. En correctas formaciones van colocándose delante del altar de campaña.

Minutos después llegaban a la tribuna presidencial las autoridades del Carlismo, con el Jefe-Delegado de S. A. R. en cabecera. Los frenéticos aplausos volvieron a repetirse entremezclados con constantes y fervorosos vitores. Don Manuel Fal Conde, con don José M.^a Lamamié de Clairac, don José Luis Zambrillo y don Mauricio de Sivatte ocuparon los lugares de honor. A su lado se agruparon los Delegados Regionales asistentes al acto y varios jefes y oficiales militares que durante la Cruzada pertenecieron a Tercios de Requetés.

Antes de comenzar el Santo Sacrificio se procedió a la bendición de banderas, a las que acompañaron las demás banderas y banderines de las unidades formadas. Después todos los estandartes quedaron dando guardia de honor al Altar, presididos por la gloriosa y laureada bandera del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat.

El acto fué de verdadero fervor. Ofició el reverendo Padre Reynals, monje del Monasterio y mosén Rovira, capellán que fué del Tercio de Nuestra Señora de Valvanera, predicó un magní-

fico y sentidísimo sermón exaltando las virtudes que adornan a nuestros Requetés y señalando las cristianas fuentes donde se encuentran la fortaleza y la abnegación, tan inseparables para los hombres de la Causa de la Tradición. Terminada la Santa Misa los concurrentes entonaron la Salve.

DESFILE DE LOS TERCIOS

Terminado el Santo Sacrificio de la Misa, se despararon los asistentes por la carretera, en el tramo comprendido entre el Monasterio y los Apóstoles que estaba completamente libre por no haberse permitido en él el aparcamiento de coches y autobuses, para presenciar el desfile de los Tercios de Requetés. Las autoridades se colocaron en el balcón que hay situado frente a los "Apóstoles".

Abrió la marcha la Banda de cornetas y tambores. Mandaba la línea el Comandante Jefe del Requeté de Barcelona. Seguidamente desfilaron los su-

pervivientes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat, cuyo paso fué acompañado por una constante salva de aplausos y vitores, los cuales, después de pasar por delante de las autoridades se colocaron a su lado, en el camino de acceso al referido balcón, mientras su bandera ocupaba el lugar de honor que le correspondía en la misma presidencia.

Al Tercio Montserrat seguían los requetés que representaban a las Unidades de fuera Cataluña (Madrid, Zaragoza, Valencia, Granada, etc.), e inmediatamente los Tercios de Requetés catalanes, por el siguiente orden: Tercio Santo Cristo de Lepanto, San Jorge, Bruch, Alpens, San Narciso, General Tristany, Nuestra Señora de la Cinta y Tomás Caylá. Los componentes de los Tercios, en organización, se agregaron a los otros Tercios. Cerraban el desfile el Tercio de Pelayos de San Tarcicio, y las otras Unidades de Pelayos de Cataluña. Tanto el paso de los Requetés como el de los Pelayos fué continuamente aplaudido, siendo todo el desfile un momento continuado de vivísimas emociones.

ACTO EN LOS APOSTOLES

Frente a los "Apóstoles", desde el mismo lugar donde sus Autoridades presenciaron el desfile, el Carlismo va a hablar. Allí, frente a aquel lugar que tan hondos recuerdos y tan alto significado tendrá en el futuro para el Carlismo catalán por ser el lugar designado para la construcción de la Cripta-Mausoleo en la que descansarán los muertos del Tercio de Montserrat, y en el que se erigirá un monumento a su memoria, reconstruyendo también el antiguo monumento a los héroes del Bruch y la Ermita de los Doce Apóstoles, que los rojos destruyeron: allí, frente a este lugar en el que el pasado año de 1946 el Rvdmo. P. Abad del Real Santuario de Nuestra Señora de Montserrat bendijo la primera piedra de las obras que los carlistas se proponen construir; allí, frente a ese lugar, el



Un aspecto de la plaza del Monasterio durante la Santa Misa

Carlismo expondrá su pensamiento, su fe en la Causa, su lealtad a su Abanderado. El Carlismo cobrará nuevos alientos, y de ese lugar saldrá su voz, voz de verdad española, como si se dirigieran a toda la tierra catalana, que desde Montserrat se divisa y también desde ella, como un eco que repitieran todas las montañas y Montserrat la primera, a todas las tierras españolas.

Los carlistas van reuniéndose para escuchar la voz de sus Jefes. La amplia explanada de la Plaza de los Apóstoles, la carretera por ambos lados y en largos trechos y el lugar denominado "Los Apóstoles", son incapaces para dar cabida al gentío que se apretuja. Y se aprovechan todos los accidentes del lugar, las subidas escabrosas y los mismos árboles para encontrar un sitio desde el cual oír la palabra del Carlismo. Los altavoces, colocados aun en sitio alejados del lugar desde el cual se habla, en la carretera y en los mismos jardines de los Apóstoles, rinden un gran servicio y transmiten una clara audición para todos los asistentes.

El Carlismo habló. Y durante largo

las Cortes!; y, para finalizar, el discurso grandilocuente, repleto de verdades por estar repleto de fe carlista, de don Manuel Fal Conde, el hombre de la Cruzada de 1936, el jefe abnegado, héroe en las persecuciones sufridas, sabedor de que su cargo no es cargo sino carga, como le dijera S. M. C. Don Alfonso Carlos I, q. S. G. h.

Los discursos terminaron en medio de un inenarrable entusiasmo, culminado en la honda emoción reflejada en las voces que con firmeza carlista cantaron el "Oriamendi" y en los vítores a Cristo-Rey, a España y al Príncipe Regente, que se contestaron con la unanimidad de la viva fe de los leales a la Causa Santa de la Tradición católica, monárquica y española.

EPILOGO A LOS ACTOS DE LA MAÑANA

Verdaderamente impresionante era el aspecto del trayecto de los Apóstoles hasta el Monasterio cuando la muchedumbre regresaba del acto político. La

pañolas, con sus respectivos Delegados en cabeza. La comida transcurrió en un ambiente de cordial hermandad, de gratas conversaciones y de cambio de optimismo y esperanzas.

A la hora de los postres, el Delegado Nacional de Requetés, don José Luis Zamanillo dirigió la palabra a los asistentes, recordando cuál era el espíritu del 18 de julio de 1936, reclamando lealtad al mismo y firmeza en mantenerlo y destacando que el 18 de julio, como había dicho don Manuel Fal, es una fecha gloriosísima, pero que no era la fecha definitiva de la historia de España ni significaba el comienzo de la misma sino que es una fecha más de un largo proceso que comenzó a gestarse con la primera guerra carlista, proceso ya más que secular que representa y es el anhelo de recuperación del ser nacional. Calurosos aplausos rubricaron las palabras del ilustre jefe carlista.

Don Manuel Fal Conde se dirigió luego a los concurrentes, dando las gracias a los organizadores del Aplec y felicitándoles por su éxito, alentó para que los propósitos hechos en Montserrat sean una realidad efectiva y fructífera y terminó hablando de lealtades y de esperanzas, de luchas y de glorias. Prolongados y enfervorizados aplausos, alternados esta vez con vítores, demostraron el espíritu que animaba a la concurrencia del acto íntimo.

Y EN LA TARDE DE AQUEL 20 DE ABRIL

Antes de emprender el regreso a los hogares, el Rosario, la Salve, el besamanos a la Virgen y las oraciones fervorosas en la Basílica unen a todos los carlistas en un vínculo de filial amor a Nuestra Señora de Montserrat. Oraciones por la Causa, por su Abanderado el Príncipe Don Javier, por los jefes carlistas. Y por España, por esta España dolorida y angustiada, ansiosa de encontrar el verdadero camino de su salvación, camino que no ha de encontrar mientras no siga las sendas de su Tradición, del Carlismo heroico, que es la Tradición en orden de batalla, dispuesto siempre a pelear, con constancia indomable, con lealtad ineludible, con firmeza inmovible, con entereza, con elevado idealismo, por su Causa Santa de Dios, Patria, Fueros y Rey, que es, en definitiva, la única Causa del Pueblo español que ama a su Religión, a su Patria y de la Monarquía que le condujo a través de siglos de gloria y de grandeza.

En la tarde de aquel 20 de abril, Montserrat va despoblándose, los carlistas emprenden el regreso, con el corazón henchido de fervores, el pecho lleno de entusiasmo, con canciones en los labios. Montserrat va despoblándose, pero en su aire flotan aun los entusiasmos carlistas, las esperanzas de los buenos españoles. Y ese aire sentirá, durante todo un año, la añoranza y la nostalgia del Montserrat carlista que no quisiera encerrarse pletórico en la Santa Montaña, a los pies de la Virgen Morena, sino desparramarse por todos los rincones de la Patria, para que el fruto de la Tradición, bajo la mirada protectora de Nuestra Señora, Madre del Redentor, Reina de los Españoles, fructificase ubérrimo, para dar nuevos días de oro a su Historia y a su Pueblo.



Banderas de los Tercios de Requetés en el acto de los "Apóstoles"

rato. El sol estaba en los fuertes de su cáncula. La muchedumbre apiñada. Ninguna incomodidad pudo conseguir que decayera el entusiasmo: A medida que las voces carlistas prolongaban sus discursos parecía que iba entrando más y más el fervor del momento dentro de los pechos y de los corazones.

En otros lugares de este mismo número reproducimos los discursos que allí se pronunciaron. El de don José Vives Suriá, que abrió el acto con su palabra cálida, enfervorizada, llena de firmeza; el de don Mauricio de Sivatte, el jefe digno y entero, querido entrañablemente por todos los carlistas catalanes y por todos los carlistas españoles; el de don José M.ª Lamamié de Clairac, una de las figuras cumbres que la oratoria y el pensamiento carlista han tenido en su gran historia, que fué aclamado con una gran salva de aplausos y gritos de ¡Viva el defensor de la Compañía de Jesús! y ¡Viva el luchador de

carretera era una riada humana a la que daban su nota de color las boinas rojas con que se cubrían todos aquellos viandantes. Entre ellas sobresalían las banderas, se destacaban los uniformes de los requetés y los cantos que éstos entonces daban el oportuno complemento a aquella imponente avalancha carlista.

En la plaza del Monasterio, la "Colla Vella" de los "Xiquets de Valls" elevó sus castillos humanos, que tan singular renombre tienen. Sus "pilares" fueron muy aplaudidos.

En un cordial aperitivo reunió el Jefe-Delegado a los periodistas nacionales y extranjeros, con quienes conversó amablemente, contestando también a las preguntas que ellos hicieron.

Después tuvo lugar en el restaurante del Real Monasterio un sencillo banquete, al que asistieron representaciones de todas las delegaciones y organizaciones catalanas, así como representantes de todas las demás regiones es-

Mensaje desde el destierro, de S. A. R. el Príncipe - Regente D. Francisco Javier de Borbón-Parma

A los muy queridos Carlistas reunidos en Montserrat:

En esta primera concentración Carlísta de carácter nacional en el Real Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, hubiera sido mi vivísimo deseo estar con vosotros, para unir nuestras oraciones y nuestros pensamientos en el recuerdo de todos los hermanos que hace diez años han dado sus vidas al servicio de Dios y de la Patria.

La imposibilidad en que me encuen-

pero no hemos alcanzado la paz espiritual. Desde entonces hemos esperado en vano que llegue esta paz, con el orden y la justicia para todos. Hemos esperado diez años, y en esta hora misma tocamos la vuelta de uno de los grandes momentos históricos.

Queremos el regreso de la Monarquía, y España se orienta oficialmente a este fin; pero queremos que vuelva con orden y disciplina.

Nunca admitáis un Rey impuesto, sea desde fuera, desde el extranjero, o de

armonía del pueblo y del Rey, que por medio de los Consejos y las Cortes —contrapesados los derechos forales de los unos y la autoridad paternal del otro— han hecho la grandeza de España.

La Monarquía es la forma perfecta de gobierno, en la que se transmite la autoridad del Jefe de Familia al hijo, junto con la obligación de servir al bien común.

Pero es de primera importancia que el Príncipe que sea investido de la autoridad Real, y sea Rey de España, lo sea especialmente de vosotros, carlistas, partido que solo y por más de un siglo ha luchado por la verdadera tradición Real. Para alcanzar este punto es necesario y preciso que el futuro Rey acepte solemnemente las condiciones que lo unen a su pueblo y que serán las que siempre hemos mantenido.

En consecuencia, debemos unirnos para que en el momento oportuno la Regencia pueda traer al Rey, que será el vuestro, porque habrá aceptado vuestros fueros, y los fundamentos de la Monarquía Tradicional, establecidos por ella.

El alcanzar la meta de nuestra empresa demanda el esfuerzo común de todos y sólo podría malograrse si entre vosotros se abrieran paso las discrepancias, las rivalidades y la resistencia a seguir las normas que se vayan dando. Si vosotros os entregáis unos tras otros, en grupos, y sin mandato de nuestra Jerarquía, a reconocer cualquier Rey, esterilizando así la unidad de nuestra Comunión, estaríamos paralizándonos ante los hechos, que se irían imponiendo fuera de nuestra posibilidad de actuar, y contra el fin para el cual tantos héroes carlistas han dado sus vidas. Todos juntos, sin desmayos, sin volver la vista atrás, y en perfecta unidad con mi representante podremos llegar a ver cumplidas nuestras aspiraciones.

A vosotros, mis queridos Requetés, envío mi saludo de soldado. A vosotros, los combatientes de 1936 a 1939, y a los jóvenes que desfáis con vuestros uniformes y con la boina colorada. Juntos conmemoramos a vuestros gloriosos hermanos mayores, y de una manera especial en este día, a los heroicos requetés del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat: sé que su mismo espíritu os anima. Si los mismos peligros amenazasen nuevamente la obra tan duramente edificada, haríamos frente, una vez más, al enemigo.

Pero por ahora, que Dios os guarde a todos,

¡Viva Cristo Rey!

FRANCISCO JAVIER DE BORBÓN

Abril, 1947

Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC



Presidencia del acto

tro desde hace ya años de poder compartir vuestro júbilo, así como vuestras penas y trabajos, pesa en mi vida. Pero el pensamiento y el espíritu no conoce fronteras, y si no podéis verme en este momento, estoy presente entre vosotros con mi corazón y cariño. ¡Y está también presente ahora el gran ejército de nuestros muertos!

En mi ausencia tenéis a nuestro fiel Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, que a través de tantas vicisitudes, inquietudes graves y persecuciones ha mantenido con admirable abnegación la bandera intacta por la cual han muerto los nuestros: Dios-Patria-Rey.

Cristo —Rey de los siglos y del mundo—, desde ese venerable Santuario de Nuestra Señora, os bendice para que continuéis la obra de los que han dado todo con sus vidas.

Lo que ha sido realizado hace diez años con el sacrificio de España entera —en el fragor de las batallas—, la victoria alcanzada contra el terror de la dictadura roja, ha sido realizado sólo por mitad. Hemos terminado la guerra

fracciones o partidos. El Rey debe ser de todos los españoles, pero su llegada debe hacerse sin producir quebrantos peligrosos en un país que tanto ha sufrido —y que sufre todavía— por las injusticias e incomprensiones del pasado, y donde el fuego de la venganza puede incubarse bajo las cenizas y fomentado por elemento de fuera, puede volver a provocar el terrible incendio que habéis extinguido con vuestra sangre.

Por eso el inolvidable Rey Don Alfonso Carlos —q. s. g. h.—, en su sabiduría había proclamado ya entonces la necesidad de una Regencia fuerte, unida y prudente, para restablecer los cuadros con los cuales el Rey puede gobernar y que a vosotros, artífices de la Monarquía, os den las garantías de que esta Monarquía será verdaderamente la Tradicional.

Lo que cuenta es la estructura del Reinado y la unidad entre el Rey y su pueblo. Mucho se ha hablado de democracia. Pero no ha habido nunca una democracia más equilibrada que esta

Sólo hay un instrumento digno para salvar a España:

"LA COMUNIÓN TRADICIONALISTA"

Discurso del Excmo Sr. D. Manuel Fal Conde, Jefe-Delegado en España de S. A. R. el Príncipe-Regente

Autoridades de la Comunión Carlista; carlistas de toda España aquí reunidos; Tercio de Nuestra Señora de Montserrat; Margaritas y Requetés... magnífico exponente de la existencia, del vigor, de la vibración de esta gloriosa Comunión Tradicionalista:

Yo no puedo, por menos, en mis primeras palabras, que felicitaros de todo corazón; felicitar, efusivamente, al Excelentísimo Señor Jefe Regional de Cataluña y a todos sus infatigables colaboradores, por la magnífica organización de este "aplec" de Montserrat, en este primer año que se celebra con caracteres nacionales, como acto nacional de la Comunión Carlista, de esta Comunión que, no sabemos explicar por qué, no puede en parte alguna de España, como no sea en Montserrat, manifestarse. Hace muy poco, por ejemplo, en la Plaza de España de Madrid éramos maltratados, cobardemente, cuando llamamos de oír una misa en sufragio de nuestros muertos. Pero digo que no sé por qué y tal vez alcance a comprenderlo: porque las glorias de todos aquellos que llenaron unas páginas nobilísimas de la Historia de España han conquistado un puesto en la política, un momento del año, para que se nos respete nuestra fe y para que se nos permita expansionar nuestros corazones. Y, tal vez, sea algo más que una conquista política: impedir, con este acto de Montserrat, que esta válvula de escape, que estas calderas ardientes de nuestros corazones estallasen con grandes estragos. (Grandes aplausos.)

Día de júbilo, día de alegría indescriptible este de Montserrat. Soñamos meses antes con esta congregación efusiva de carlistas y guardamos meses después el recuerdo cálido de estas vivísimas emociones. Pero yo no puedo negar que en el corazón de todos, y en el mío en grado inmenso, existe una nota de tristeza, de dolor: no debiera ser yo, el último de los carlistas, quien presidiera este acto: aquí falta, por derecho de justicia, por deseos y sentimientos de todos, la verdadera representación de la Comunión Tradicionalista, su principio de unidad, el centro de nuestros amores: ¡aquí falta la figura insigne del Príncipe Regente Don Javier de Borbón Parma! (Prolongada ovación y repetidos vivas al Príncipe Regente; los requetés agitan las boinas en el aire.)

Falta el Príncipe Regente legítimo de España, nuestro Jefe de la Comunión Carlista y falta no por su deseo (¡la duda ofendería!), falta porque no puede estar aquí. Y no puede estar aquí, porque sufre un destierro. Como buen

carlista, sabe de persecuciones; como buen carlista, ha visto muchas veces cruzar sobre el rostro el látigo de la injusticia, de la incompreensión. El Príncipe Javier hace más de nueve años que está desterrado de España, sin poder pisar esta tierra bendita y santa, cuando hoy las leyes de la amnistía y las instrucciones secretas a los consules permiten que vuelvan al territorio nacional... (los aplausos impiden continuar al orador)... Y no me refiero a las personas, sino a las ideas, pues las luchas habidas en los campos de batalla, también sabemos nosotros olvidarnos, porque enemigos vencidos ya no son enemigos: los dañosos son los enemigos que quedan en pie. (Aplausos.)

Por tanto, señores, en este principio de mi discurso, que ahora voy a interrumpir, para continuar después; en estas primeras palabras quiero llegar a una conclusión, y vosotros me diréis si, como indudablemente creo yo, todos, absolutamente todos los presentes y todos los que aquí están representados del resto de nuestra España, están perfectamente conformes: ¡La protesta más respetuosa, pero la más enérgica, cerca del Generalísimo Franco contra el destierro incomprensible de España de nuestro Príncipe Regente! (Grande y calurosa ovación, con vítores al Príncipe Javier, y agitaciones de boinas en el aire. Las banderas también se levantan en señal de aclamación.)

Y para rendir homenaje a su egregia persona, como he anunciado, interrumpo ahora el discurso, para que el señor Secretario General de la Comunión dé lectura a una hermosísima carta, recién recibida, de nuestro querido Príncipe, saludando a los carlistas aquí presentes.

(Los asistentes se descubren y se colocan en actitud de firmes. El Secretario General da lectura a la carta de S. A. R. el Príncipe Regente, que reproducimos en lugar destacado. Una prolongada y entusiasta ovación cerró la lectura de la carta. Don Manuel Fal prosigue su discurso.)

Pero además de esta manifestación de entusiasmo nobilísimo en el acto presente, creo no engañarme si digo que existe también una gran curiosidad, que, ¿cómo no?, se registra en grado sumo entre las Margaritas. Anoche, tan pronto llegué a esta montaña santa, oí de todos los labios la misma pregunta, y ante esa pregunta de si "¿habrá mañana declaraciones sensacionales?", hecha por una Margarita muy graciosa —todas las Margaritas tienen mucha gracia, pero ésta en particular tiene aquella gracia, que, nosotros, los andaluces, expresamos diciendo: "tiene mucho ángel"—. Más para evadirme como pudiera de las preguntas de la muy curiosa, le dije: "¿Noticias, declaraciones?... Yo vengo en avión directo de Sevilla, ¿me preguntará usted por las corridas de feria?" Y me contestó riendo: "No es por las corridas de feria de Sevilla; yo pre-



Fal Conde, en un momento de su discurso

gunto por el diálogo Franco-Don Juan". (Aplausos y risas.)

Ciertamente, existe una gran curiosidad en España, en estos días que van transcurriendo desde estas declaraciones. Todavía no ha dicho la Comunión nada. Nosotros, tachados de impulsivos, de exaltados, de no sé cuántas cosas más, somos los únicos serenos, con deliberación constante, que hay hoy en España: será porque somos los únicos que no nos hemos engañado, dicho sea con verdad, por misericordia de Dios, y los únicos que tenemos una visión clara del porvenir de España y de la Comunión, y por esto no hemos tenido prisa en hablar precipitadamente.

Hoy, para satisfacer las preguntas, vale a bñ algo sobre el particular. Y vayan por delante dos necesarias aclaraciones: la primera, que hablamos como correctos caballeros, con el máximo respeto para las personas. La segunda aclaración es recabar el derecho que tenemos de hablar, puesto que ahora va a hacer dos años que, en junio de 1945, el Generalísimo Franco, solemnemente, anunció a España, y todos entendieron que para un porvenir próximo, la Monarquía Tradicional, y ese nombre y ese apellido nos cuadran. También el Príncipe Don Juan, repetidamente, ha hablado de la Monarquía Tradicional, indicando el mismo nombre y el mismo apellido, y, por tanto, nosotros tenemos y recabamos el derecho de hablar.

Ahora bien: nos enfrentamos, en primer término, con un proyecto de ley —proyecto, lo es; ley... lo será, probablemente— de sucesión de la Jefatura del Estado, cuyo artículo primero dice que España es un Estado que se constituye en Reino. No hay que seguir leyendo más, porque de antemano se desprende esta síntesis terminante: es un Reino sin Rey. (Aplausos y risas.) Un Reino sin Rey, cargo que, de momento, desempeñará el Jefe del Estado español con poderes vitalicios; haciéndose a su muerte un llamamiento, por unos órganos o consejos, denominaciones tomadas de nuestras propagandas: "Consejo del Reino, Consejo de Regencia". Se hará un llamamiento a un Príncipe de sangre real, que, ¡no se olvidel, tiene que tener treinta años (risas), el cual se llamará Rey vitalicio, si acata las leyes fundamentales, el Fuero de los Españoles y todos los demás fueros que no son fueros. Y si no acepta, se llamará a un ciudadano español relevante —también treinta años— (risas), el cual se llamará de por vida, Regente. Pues bien; señores, con plena y absoluta objetividad, analizando hechos públicos que a todos nos interesan y afectan, debemos decir: ¡no habrá príncipe alguno de sangre real que acepte estas condiciones; no habrá un ciudadano con concepto del deber que acepte estas condiciones!

Y de este Reino sin Rey se hace propaganda en un monólogo de la Prensa nacional, la llamada Prensa del Movimiento. En otro monólogo, por otra Prensa, que no es la nacional, sino la extranjera, Don Juan de Borbón, en un Manifiesto y en unas declaraciones reclama sus derechos al Trono, y se declara Rey. Y yo digo: "Rey sin Reino". (Aplausos y risas.)

Pues bien: en este pugilato de derechos se verifica lo que suele llamarse en Filosofía, aunque impropia, colisión de derechos: los derechos, por una parte, que da la victoria, y los de-

rechos, por otra parte, que da la sangre. En este pugilato, a nosotros nos toca hablar en nombre de alguien que no ha sido oído, y temo que no ha de ser oído nunca: el heroico, el nobilísimo, el sufrido pueblo español, que, tristemente, amargamente, viendo un Reino sin Rey y un Rey sin Reino, se ve asimismo faltado de aquellas facultades y poderes para desenvolverse; un pueblo sobre cuyos destinos se habla de derechos de la Jefatura del Estado, sin contar para nada con él ni con el bien común.

Me encuentro con que en los titulares de periódicos se emplea nuestro léxico: se dice Monarquía Tradicional; unas veces se habla de Reino, otras de Consejo del Reino y Consejo de la Regencia. Por otro lado, se ha hablado, últimamente, y con verdadera impropiedad, de la legitimidad, y se ha llegado a decir, por una firma muy conocida, que la legitimidad que confiere la victoria es el Poder que representa el régimen actual y confiere igual legitimidad a todas las instituciones que él crea. Tenemos el deber de hablar y recabar para nosotros lo que ha sido nota exclusiva del Carlismo: la legitimidad, el verdadero concepto de la legitimidad.

Mirad: la victoria, ciertamente, confiere derechos; y no queremos olvidarnos de que el Generalísimo nos guió a la Victoria, ni, por tanto de las consecuencias que de ello se derivan. Pero el pueblo español, el verdadero pueblo español, que fué el autor de la guerra, logró él, principalmente él, esa victoria, ¿Qué hubiera sido de España si no hubiera tenido la asistencia del pueblo español? Había Ejército aquí y Ejército allí; tuvieron asistencias extranjeras las dos partes; pero aquí hubo pueblo, un verdadero pueblo, un pueblo con fe y con entusiasmo, con creencias arraigadas y sentimientos firmes; y allí no había pueblo, sino populacho corrompido, y por eso perdió la guerra. Por tanto, si las victorias confieren el Poder, pero lo conceden en función de tránsito a aquellos hombres y a aquellos organismos que, en representación de un pueblo han sabido conseguir el triunfo, para que instituyan los órganos permanentes del Poder. Lo confieren en España, pero para instituirlo firmemente, sólidamente, en la Monarquía, único régimen salvador y único fin digno de la Cruzada gloriosísima.

Y la Monarquía no puede destituirse. Tiene características fundamentales, primarias, sin las cuales sería cualquier cosa, pero no sería Monarquía. La Monarquía electiva no puede conducir más que a tremendas catástrofes. Cuando llegase ese momento, se podría decir lo que un gran orador carlista, Vildósola, dijo en el Congreso, refiriéndose a la elección de Amadeo de Saboya: "Ese no será el Rey de los Españoles; ese será el Rey de los 191 diputados que lo eligieron"; y al cabo de veinticinco meses, los mismos que le habían elegido lo abandonaron completamente: ¡ni uno siquiera de los electores le siguió. Amadeo de Saboya abandonó España, huyendo a Portugal, acompañado, únicamente, de su Secretario. El orador carlista se había equivocado: Amadeo no fué Rey ni de uno sólo de sus electores.

La Monarquía ha de ser hereditaria. Pero no es el Príncipe Don Juan quien puede de cualquiera manera invocar los derechos de sucesión a la Corona. La

sucesión dinástica no es una mera transmisión de derechos; es una transmisión sí, de la soberanía. Pero la Monarquía es un compuesto armonioso, es un compuesto sapientísimo, de un derecho sagrado al Poder y de deberes también sagrados, que miran a la felicidad del pueblo, consiguiendo el bien común, y con estos deberes se transmiten las responsabilidades dinásticas.

De modo que Don Juan, al hablar de la herencia de su dinastía, acepta sin darse cuenta tremendas responsabilidades. Podrá decirse que, en esta concepción de la herencia que el Príncipe Don Juan ha expuesto en sus declaraciones y en su manifiesto, estará la razón de la no permanencia de su Monarquía, ya que todos sus antecesores, sin excepción, fueron representantes de un Poder efímero, porque les faltó la asistencia del pueblo. Doña María Cristina, la Reina Gobernadora, comenzó la dinastía de fugitivos, huyendo completamente sola y abandonada por el puerto de Valencia, para desembarcar en Marsella. No quiso, siquiera, volver la cabeza atrás, por temor a quedar convertida en estatua de sal, como la mujer de Lot.

Doña Isabel II, huyendo despavorida en horrenda y tristísima soledad, no tiene un solo acompañante, no le queda uno solo de sus leales, y en aquel trance tiene que ir de Lequeitio a la frontera con sola la asistencia de un carlista compasivo. Es cierto que Alfonso XII no fué destronado, debido a su muerte prematura; pero Alfonso XII, como ha contado el propio Romanones, teniendo madre, esposa, hijos y hermanas, murió abandonado y solo, como se muere en un hospital, porque su esposa, obligada por Cánovas, tuvo que asistir aquella misma noche a una representación de ópera, en el Teatro Real. Y, después, con Alfonso XIII ya sabéis lo que ocurrió.

El 14 de abril de 1931, a resultados de unas elecciones municipales, y esto lo hemos vivido, solemnemente entregó la Monarquía, y dió órdenes a sus Ministros de entregar el Poder al Comité revolucionario, y solo, en tremenda soledad, marchó para Cartagena a embarcar en un crucero, rumbo a Francia, con la sola compañía de Don Alfonso de Orleans. Es signo fatal y, por tanto, tiene la raíz en el corazón de nuestro pueblo. Y ahí está Espartero cogiendo una fragata inglesa en el Puerto de Santa María; y ahí está el Duque de la Torre, y ahí está el Presidente de la República, Estanislao Figueras, y tantos otros. Sería curioso y emocionador que en los puntos de las fronteras y en los puertos españoles que presenciaron esas salidas, para recuerdo del pasado y enseñanza del porvenir, se colocaran lápidas, con esta inscripción: "Aquí acabaron las lealtades interesadas y se abrieron las puertas de la más tremenda soledad". (Grandes aplausos.)

Esa lealtad a esos Reyes era engañosa, porque sólo se fundaba en la merced y el goce de los favores; mas el pueblo estaba apartado. En España no hay más que un pueblo, auténtico pueblo, el pueblo carlista, que es el pueblo de la lealtad. Lealtad para con nuestro Carlos V, al que acompañaron más de cuarenta mil leales con Generales, Ministros, Prelados y personalidades diversas al abandonar el suelo patrio, después de la traición y abrazo de Ver-

gala del General Maroto. Y al General Cabrera, cuando ocho meses después se veía también obligado a pasar la frontera, le siguieron otros cuarenta mil voluntarios. Y nuestro Carlos VII el ejemplo más limpio de todos los ejemplos, al que su heroico ejército se dirigía rogándole y suplicándole que le permitiera acompañarle, llevó consigo a los carlistas en número de treinta mil voluntarios, y sin temor de convertirse en estatua de sal, miró al suelo patrio con tristeza y pronunció el profético "Volveré". (Aplausos entusiastas y fervorosos.) Y volvió, por cuanto se conservó su espíritu y se guardaron sus ideales. Y volvió, y está aquí entre nosotros, en el significado de nuestras batallas. (Grandes aplausos.)

Por eso os decía que había que colocar esas inscripciones en las fronteras, como lasas sepulcrales de las lealtades efímeras, porque demuestra lo frágil de los Poderes que no se sustentan en la Legitimidad verdadera y están faltos, en consecuencia, de la asistencia de la Nación. (Aplausos.)

Acertadísimo, nuestro querido Sivatte ha señalado, en elocuentes párrafos, las características del 18 de julio y de la Cruzada. Como sabe muy bien todo el mundo, y lo hemos comunicado, recientemente, a quienes deben saberlo, los resultados de las guerras civiles no se revisan: no se han revisado nunca en ningún país; el 18 de julio no se revisará jamás. ¡Y ay, del que lo intente! Porque en ello va algo transcendental que atacaría al orden natural y divino, ya que la contienda que empezó el 18 de julio de 1936, más que una guerra civil fue una Cruzada Santa; y la revisión de la Cruzada sería un perjuicio, una ofensa gravísima contra los requetés muertos del Tercio de Montserrat y de todos los Tercios que lucharon en la campaña, sería un sacrilegio, sería un atentado horrible contra nuestra sacrosanta Religión. (Cálidos y prolongados aplausos.)

Y continúa distinguiendo en ese pugilato que he venido señalando. El 18 de julio es, ciertamente, punto de partida para el Generalísimo Franco; pero hemos de observar que la historia de España no ha empezado el 18 de julio, ni mucho menos el 19 de abril, fecha del Decreto de Unificación. La historia de España no es sólo el 18 de julio. En este día se produjo una gloriosísima gesta, pero ese día es parte de un proceso histórico que reclama la restauración de nuestro pasado en lo básico y sustantivo. Mientras que se ve que lo que interesa únicamente al régimen actual es exhumar todo lo accidental y formalista, en una regresión al período formativo de la Monarquía visigótica. Y así ahora hemos de creer que la Monarquía electiva que trata de darse a los españoles es de tipo medioeval, con un Rey que sea una especie de Re-cervinto. (Risitas y aplausos.)

Pero del otro lado se desconoce el 18 de julio, y vemos con verdadera sorpresa, que lo ha sido de España entera, que el Príncipe Don Juan, en sus declaraciones, trata de olvidar aquella fecha gloriosa e intenta adueñarse del Reino con un llamamiento a todos, sin distinción, y con unos contactos inadmisibles, de todos conocidos, con los representantes del nefasto Frente Popular. (Grandes aplausos.)

No hay más que una solución, como con el respeto debido, lo venimos diciendo a la Nación y al Generalísimo Franco, desde el 10 de marzo de 1939, en una serie de estudiados documentos, que todos conocen: una única solución es la Monarquía Tradicional, que lleva consigo la nota de Legitimidad.

Y en la restauración de la Monarquía Tradicional ha de tomar parte la Nación, ha de ser oído el pueblo orgánicamente reconstruido, y, para esto, han de restablecerse las legítimas libertades políticas, que son santas porque provienen de Dios, y están fundadas en el Derecho público cristiano. Y esa labor de reconstrucción política del Estado monárquico, y social del pueblo, organizados ambos en sus instituciones fundamentales, ha de hacerla la Regencia, pero la Regencia legítima. Ha de instituirse la Regencia para iniciar la obra de Gobierno, para establecer la libertad santa, la clásica libertad española y cristiana, aquella que no sólo no es la libertad liberal, sino que le es contraria. Con la Regencia legítima tendremos ya la Monarquía tradicional, y con la Monarquía tradicional, firme y estable, tendremos las libertades legítimas. (Aplausos.)

Se habla de libertad de Prensa, como si ya existiera en nuestra Patria, pero ni se nos deja propagar nuestra doctrina, ni se nos devuelven los periódicos que se nos arrebataron. Necesita la Nación ser oída en cuanto afecta al régimen de nuestra economía y a la inversión de los fondos que ella libremente concede al aprobar los presupuestos. Sucede, actualmente, así. Ha de ser libre para reconstruir las instituciones sociales, los Gremios, las Corporaciones y unas Cortes orgánicas, que sean expresión genuina del pueblo español. Entonces, y sólo entonces, se podrá determinar quién es el Rey legítimo, que deberemos aceptar y acatar todos. (Grandes aplausos.)

Pero esa obra de gobierno ha de basarse en el pasado, para poder reconstruir en el presente y tener vida firme y duradera en el futuro. Esa obra no la puede hacer cualquiera, porque esa obra requiere instrumentos aptos, y en España casi todos los instrumentos políticos están fracasados. Sólo hay un instrumento digno y ciertamente político, y éste no es otro que la Comunión Tradicionalista; y esta Comunión no es otra que la que forman esta gloriosa y atemporada disciplina. El que se separa de la Comunión Tradicionalista —triste ley de la vida, ley biológica de la selección—, el que se separa es un miembro que se seca y muere en el más completo fracaso. ¿Qué explicación darán a sus actos la media docena de carlistas separados de la Comunión, porque creyeron poco menos que inmediata la venida de Don Juan y corrieron a situarse pronto? (Risitas.) Está fuera de toda duda: la Comunión Carlista es el único instrumento apto, con el Príncipe Regente a su cabeza y a la cabeza de España. (Calurosos aplausos y vivas.) Pues ateneos a las consecuencias de esta proclamación. (Los aplausos se repiten y se prolongan. Nuevos vitores.)

Legitimidad no hay más que una, por Dios bendecida en el transcurso de los años, en la que puede arraigar la genuina Monarquía española, y es la de nuestros Reyes en destierro. Esta es

la legitimidad de S. A. R. el Príncipe Don Javier de Borbón-Parma, cuyos títulos están en el Real Decreto del venerado e inolvidable Don Alfonso Carlos, de 23 de enero de 1936, instituyendo el Régimen, y en el precioso juramento que el 3 de octubre del mismo año prestó ante el cadáver del Rey, en el momento de darle tierra en la capilla del castillo de Puchheim, en el que dijo: "Así como la vida del Rey que lloramos nos estuvo consagrada hasta el último trágico suspiro, así estará la mía hasta que Dios me otorgue la merced de terminar la misión de que estoy investido, tal como lo hubiera hecho el mismo Rey Alfonso Carlos". Así está la legitimidad y no los ilegítimos cantinos por donde se anda buscando. ¡España no se salvará, sino se acoge a la legitimidad del Príncipe Regente! (Frenéticos aplausos.)

A trabajar, por tanto; a trabajar y a ejercer, con toda dignidad, las libertades públicas que por derecho, nuestro Derecho público cristiano, nos corresponden. Se han abierto en España, hasta principio de año, más de cincuenta capillas protestantes, haciendo hincapié, ¡fijaos en esto!, en el llamado Fuero de los Españoles. ¿Cuántos Círculos Tradicionalistas se han podido abrir? (Voces clamorosas de ¡NINGUNO!; grandes aplausos y gritos de ¡FAL CONDE! ¡FAL CONDE! ¡VIVA EL PRÍNCIPE REGENTE!) Si dicho Fuero permite abrir capillas para hacer propaganda del error protestante bien debe permitir a quienes lucharon y con tanta abundancia derramaron su sangre en la Cruzada, abrir Círculos y publicar periódicos tradicionalistas, para propagar la auténtica doctrina de la legitimidad y las verdades políticas enseñadas por la Iglesia Santa. (Grandes aplausos y repetidos vitores.)

NOSOTROS DECIMOS: ¡VIVA EL PUEBLO ESPAÑOL! No decimos ni un "muera", porque no es palabra caballeresca. Antes ha resonado entre vosotros un "abajo" a un partido político: pase. Pero tampoco, como ha dicho Sivatte, nos gusta el "abajo". Yo digo: ni abajo ni arriba, sino que decimos, como el cantar popular navarro: ¡Nosotros siempre p'ainta! (Grandes aplausos.)

¡Carlistas!, recordemos siempre las palabras de la carta de nuestro Augusto príncipe que acabáis de oír: "Cristo, Rey de los siglos y del mundo desde ese venerable Santuario de Nuestra Señora, os bendice, para que continuéis la Obra de los que han dado todo con sus vidas". Estoy seguro, con la ayuda de Dios, de que todos seremos fieles a la memoria de nuestros requetés del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat. Firmaron ellos con su sangre el testimonio de su fe, y esta herencia está aceptada por nuestro honor. Ellos, como nuestros padres, sólo buscaron el Reino de Dios y su justicia; lo demás se nos dará por añadidura. Antes o después, pero es palabra de Dios, y ha de cumplirse. No lo dudéis: el Carlismo salvará a España, pese a quien pese. Adelante, pues, por Dios, por la Patria y por el Rey. (Grandes aplausos.)

(Clamorosos aplausos, que se prolongan largo rato. Se oyen repetidos y entusiastas vivas al Príncipe Javier y a Fal Conde. El público muestra un entusiasmo indescriptible.)

Discurso del Excmo. Sr. D. Mauricio de Sivatte y de Bobadilla, Jefe Regional del Principado de Cataluña

El Carlismo se halla totalmente identificado con el 18 de Julio de 1936 y repudia y condena el 19 de abril de 1937

Hermanos carlistas y amigos todos que asistís a este acto:

Hace con este nueve años consecutivos que después de nuestra guerra (sin contar otras muchas veces antes de ella), y en distintas circunstancias, bastante más adversas que las de hoy, en diferentes momentos políticos de España, hemos subido aquí, a esta Santa Montaña, a rendir a la Virgen de Montserrat el tributo de agradecimiento y de veneración que, durante la guerra, se le prometió por el Tercio de Requetés que la eligió por Patrona y por cuantos contribuimos a su formación; homenaje al que se han ido sumando con entusiasmo los que trabajan por la Santa Causa, hasta constituir oficialmente por orden del Jefe Delegado de la Comunión en España, este primer y magnífico acto nacional montserratino, de manifestación, continuidad y afirmación carlistas.

Hechos tan importantes y trascendentes, a pesar de su modesta apariencia, exigen nuestro agradecimiento: Primero, a la Omnipotencia suplicante del Corazón Inmaculado de la Virgen Santísima de Montserrat y a la Omnipotencia del Sagrado Corazón de Jesús, que hicieron posibles las heroicas acciones del Tercio que lleva tan ilustre nombre y han convertido en espléndida realidad todo esto que hoy vemos y comentamos, merced por la que, desde nuestra pequeñez, ofrendamos una vez más nuestra adoración a Dios y veneración a nuestra Santa Patrona. Gracias, después, a S. A. R. el Príncipe Don Javier de Borbón-Parma, Regente Legítimo de España, desterrado de nuestra Patria desde la Cruzada, y que no pudiendo por ello asistir a este acto grandiosísimo quiere, como luego veréis, hallarse hoy aquí, con nosotros, espiritualmente presente y totalmente identificado. Gracias, también, a su Delegado en España, Excmo. Sr. D. Manuel Fal Conde. Gracias al Reverendísimo Padre Abad y reverenda Comunidad de este Real Monasterio, que tan carísimamente nos acogen cada año. Gracias a todas las autoridades nacionales, regionales, comarcales y locales, y a todos los afilados y amigos que aquí han acudido. Gracias, sobre todo, después de Dios, a los muertos y a los héroes del Tercio de Requetés de

Nuestra Señora de Montserrat, de los otros Tercios y de las otras guerras, que, como elegidos de Dios, han hecho posible, han hecho realidad, estos actos y lo que estos actos significan y representan. Y gracias, finalmente, a cuantos han contribuido e intervenido con su esfuerzo y sacrificio anónimo a la realización de este Aplec.

Y rendido este testimonio público de sentida gratitud, debo y quiero proclamar, y bajo mi exclusiva y personal responsabilidad —la autoridad os hablará después—, el pensamiento y el sentimiento del Carlismo catalán y del

entes y cuanto representamos luchara sin vacilación hasta la muerte para mantener el espíritu de ese 18 de Julio. (Aplausos.)

Pues bien, en cuanto la situación actual defiende a España contra la intromisión de los extraños y los ataques de sus enemigos del interior, coincidimos plenamente con ella y la aplaudimos. (Aplausos.) Mas en cuanto el sistema actual sirve de base, fomenta o tolera el partidismo, el materialismo, la inmundicia, la tiranía, el maquiavelismo, el fingimiento, lo que llamamos estraperlo, todo esto que está corrompiendo



Vista parcial de la multitud congregada durante los discursos

pueblo carlista de toda España —cuyos más íntimos latidos sigo paso a paso y plenamente comparto— acerca de algún punto importante de la actualidad política española.

Ante todo, ¿qué piensa y cómo procede el carlismo en relación a la situación o régimen hoy imperante?

No puede ser más sencillo. El 18 de Julio no constituyó un hecho meramente político, sino un verdadero acontecimiento patriótico, genuinamente español, de salvación de la Patria que se moría. Tales hechos no son revisables. Y el 18 de Julio no se revisará jamás. Todos los que nos hallamos aquí pre-

do a nuestra Patria, la condenamos con toda energía. (Aplausos.)

En otras palabras, la posición carlista en relación a la presente política española puede sintetizarse en dos nombres y dos fechas: El Carlismo se halla totalmente identificado con el 18 de Julio de 1936 y con la Cruzada. El Carlismo repudia y condena el 19 de abril de 1937 y el sistema de... (Una voz "abajo la Falange") Nosotros no decimos ningún "muera"; claro, que lo que habéis dicho es un "abajo", pero yo os digo que ni aun eso. (Aplausos.) Y conste que no me refiero a la Falange sino a FET y de las JONS.

Y en ello, lejos de haber contradic-

ción alguna, resplandece como siempre la limpia consecuencia patriótica del carlismo, puesto que estamos donde está la situación actual en cuanto esta responde al 18 de julio y favorece a España, y frente a ella en lo que se divorcia del espíritu de la Cruzada y perjudica a nuestra Patria.

Otro punto de especial interés lo constituye la posición del Carlismo, en relación a la autoridad y a la libertad, al autoritarismo y al liberalismo.

no desaparecerán hasta que cese la rebeldía que los ha producido.

Y si en el Mundo con dificultad se nos comprende es porque en el Mundo, desgraciadamente, desde hace años se han perdido colectivamente estas ideas y sentimientos como cosa viviente y actual, aunque, gracias a Dios, existen muchísimos individuos, siquiera sea sin conexión ni organización.

Más en España ha quedado Dios que perdura el Tradicionalismo, el Carlismo,

en nuestra corrompida y materializada postguerra.

No basta, sin embargo, con que no muera España. Para ella y para el Mundo entero es imprescindible que viva y que viva vigorosamente. Y para que adquiera ese vigor es necesario que el Carlismo español, con la ayuda de Dios, llegue al final de su carrera, a la implantación de la política carlista, de la Monarquía Tradicional —no liberal— en nuestra Patria.

Después del rotundo fracaso de la política de FET y de las JONS y de lo hecho por el Carlismo en la tarea de salvar a España durante más de cien años y especialmente en la Cruzada de 1936, y teniendo en cuenta nuestro carácter sustancialmente monárquico, no puede pretenderse de nosotros que callemos ante el intento de imponer a España una política, sólo en apariencia nueva, por su simple denominación monárquica. Tenemos, no ya el derecho, sino el ineludible deber de decir la verdad.

Ni la Monarquía puede inventarse en España ni a la Cruzada del 18 de julio corresponde otra política que la tradicionalista, la monarquía legitimista, la antiliberal, representada hoy —una vez muerto el último rey legítimo de España, don Alfonso Carlos— por la Regencia del Príncipe don Javier de Borbón-Parma, por este Rey designado.

Esta política, que es la de la España de siempre, la de la España auténtica, de la Reconquista, de la Contrareforma, de la Conquista y Evangelización de América, de la Guerra de la Independencia, de las guerras antiliberales, aquella por la que dieron sus vidas los muertos gloriosos de este Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat y todos los de la Cruzada; esta política, digo, debe prevalecer y, en definitiva, prevalecerá porque es necesario para la misma vida de la Patria.

Y el Carlismo, que tiene la obligación y el compromiso de honor de implantarla, con la ayuda de Dios y de todo el sano pueblo español, la implantará. (Largos y fervorosos aplausos.)

La riada carlista en la carretera

También está eso claro. Somos paladines de la autoridad legítima y enemigos del autoritarismo, que constituye una de sus negaciones. Somos entusiastas defensores de la libertad cristiana y enemigos del liberalismo, que es su contrafigura.

Pruebas. Entre otras mil, las que aquí se ven.

Los que asistían a este acto no son masa gregaria, capaz de seguir o de doblegarse a autoritarismo alguno, sino genuino pueblo carlista y español, respetuoso defensor de la autoridad. Ese es el auténtico Carlismo.

Y, mirando hacia la otra faceta, ¿quién ha defendido con hechos en España a la legítima libertad, en estos últimos años, sino el carlismo?

Nos dice la Sagrada Escritura que la verdad nos hará libres, y nosotros hemos defendido esa verdad y esa libertad con nuestra sangre en las trincheras durante la guerra, y con nuestros destierros, cárceles, multas y sacrificios de todas clases en esta postguerra.

Este mismo acto, ¿qué es, con toda evidencia, sino la defensa pública de la libertad legítima?

Y, repito, esto no lo ha hecho ni lo hace en España más que el Carlismo.

Si somos enemigos declarados del liberalismo condenado por los Papas, no es por enemigos de la libertad, es fundamente porque el liberalismo niega, teóricamente y prácticamente, la soberanía de Dios, la soberanía del Corazón de Cristo sobre la sociedad política, sobre el Estado; rebelión contra Dios, que es la verdadera y esencial causa de los males de la moderna sociedad; males que

como ser político, colectivo, organizado, actual, como se demostró el 18 de julio y como se ve hoy en este acto, y ha querido que no se pierda en España para que no muera España, para bien claro está que sin él, sin su espíritu y su fuerza, hubiera perecido la Patria ya en nuestra guerra y, a mayor abundamiento,

Discurso del Sr. Lamamié de Clairac

ADVERTENCIA

Después de nuestra detención policial, la censura consiguiente y la no devolución de los originales "detenidos", tuvimos nuestro trabajito en recomponer nuevamente el número, que hoy sale a la luz sin el permiso de las Autoridades gubernativas (¡no faltaba más!). Pero hay algo que no pudimos encontrar por ningún lado: el discurso del Sr. Lamamié de Clairac, del cual sólo teníamos el original "detenido". Rogamos a nuestros lectores, y al propio interesado, nos perdonen esta omisión, que somos los primeros en lamentar. El otro material del número ha sido heroico, pero el discurso del Sr. Lamamié ha sido mártir.

LA DIRECCIÓN

Hace más de cien años que en España no puede escribirse la historia sin el concurso del carlismo

Discurso del Ilre. Sr. D. José Vives Suriá, Secretario General del Principado Catalán

Hermanos Carlistas:

Sean mis primeras palabras de apertura de este acto el salutar con un abrazo cordialísimo que todos los carlistas de Cataluña os envían y, más que enviar, dan a todos vosotros, especialmente a aquellas delegaciones regionales y demás representaciones que, con tanto esfuerzo y con tanto cariño, han querido acompañarnos en este acto solemne para hacer testimonio solemne de nuestra fe, que no puede morir; que no puede morir, porque está cimentada sobre la tierra donde se abriga y des-

Todos nosotros nos hemos hoy reunido aquí, primero para rendir este testimonio público de fe y reafirmación en nuestros santos Ideales. Pero, además, y sobre esto, amigos, yo tenía un encargo especialísimo de la Jefatura Regional de Cataluña y también de la Jefatura Nacional, para convocaros en este momento a la erección de estas construcciones que hoy tiene su inauguración simbólica, pero que no pueden quedar en esta sola simbolismo, porque, esta palabra, que todos damos aquí, hemos de estar dispuestos a cumplirla como caballeros y como carlistas. Se trata de levantar, junto con otras edi-

reunido aquí. Pero que no quede todo en la pompa vana de unos discursos o de unas exhibiciones externas que siendo mucho, que siendo muchísimo, dentro del Carlismo realmente son muy poca cosa porque muy superior a ellos es el espíritu que les da vida y que tiene su expresión en el simbolismo si así puede llamarse de las construcciones y reconstrucciones de que acabo de hablaros. No queda, pues, todo en palabras. Que esta afirmación, que esta promesa sea algo que nos mueva al definitivo cumplimiento de este deber y que desde la oración diaria que es el primer recuerdo de nuestros muertos, hasta el sacrificio económico, que a veces es el que cuesta más de hacer porque también la materia clama con más vigor del que debería clamar, encaminemos nuestros actos para que los restos de estos ex-combatientes, sean traídos a Montserrat, porque lo exige nuestro honor, porque lo exige nuestra conciencia, y porque nosotros somos bastante hombres y bastante carlistas para saber lo que debemos hacer.

Amigos, voy a acabar. Con mi saludo, yo dije al empezar que la historia política de España no se puede escribir fuera de Montserrat. Quería decir más: que hace más de cien años que en España no se puede escribir si se ha escrito la historia sin el concurso del carlismo. (Aplausos.)

Voces venidas desde el extranjero, que yo no quiero calificar; ideales políticos ya fenecidos y que yo no quiero en este momento analizar, han pretendido señalar una pauta nueva en la política española; y frente a esto el carlismo dice rotundamente que ¡no! Lo dicen los muertos... (Aplausos.) Lo dicen los muertos y lo diréis una vez más si hiciera falta vosotros requetés y hasta vosotros (pelayos) que estáis subiendo como la mejor esperanza del Carlismo. (Aplausos.) Hay cosas que no se pueden revisar en España; hay triunfos políticos que no pueden someterse a discusión; hay ideales que no merecen morir. Y nosotros, que en el orden positivo tenemos levantada la bandera triunfante de lo que fueron los ideales del 18 de Julio, de los que luego ya os hablarán aquí, proclamamos que el 18 de Julio es un hecho irrevocable y un hecho que no se revisará jamás. (Enfervorizados aplausos.) ¡Que lo escuchen cuantos deban escucharlo!

Y como símbolo de lo dicho acabo con estos gritos:

¡Vivan los mártires del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat! ¡Viva el espíritu del 18 de Julio!



Aspecto de la muchedumbre escuchando los discursos

cansan los restos de nuestros muertos. Hermanos carlistas; un saludo cordialísimo, que es aliento a la esperanza y abrir el pecho también a las más grandes y gratas realidades. La política de España, ¡Carlistas!, no se hace, no puede hacerse sin contar con estos aplechs de Montserrat. Y debe hacerse de acuerdo con estos actos de Montserrat, porque los muertos mandan y los muertos están diciéndonos con el imperio de su heroico sacrificio que ha llegado el momento y la hora de que suene alta la voz del Carlismo, y que la voz del Carlismo sea por todos escuchada. (Aplausos.)

ficaciones, una cripta donde puedan ser recogidos los restos de nuestros hermanos del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, carlistas dignos, carlistas auténticos, españoles grandes, hombres de corazón generoso, que lo dieron todo por nuestros Ideales; y esta tierra que les fué tan querida y esta Virgen Santa que fué su Madre y su Patrona queridísima, los están reclamando hacia sí, porque Montserrat no será enteramente Montserrat mientras aquí falten los restos benditos de nuestros muertos. (Grandes aplausos y vivas al Tercio de Montserrat.)

Por eso, amigos, nosotros nos hemos